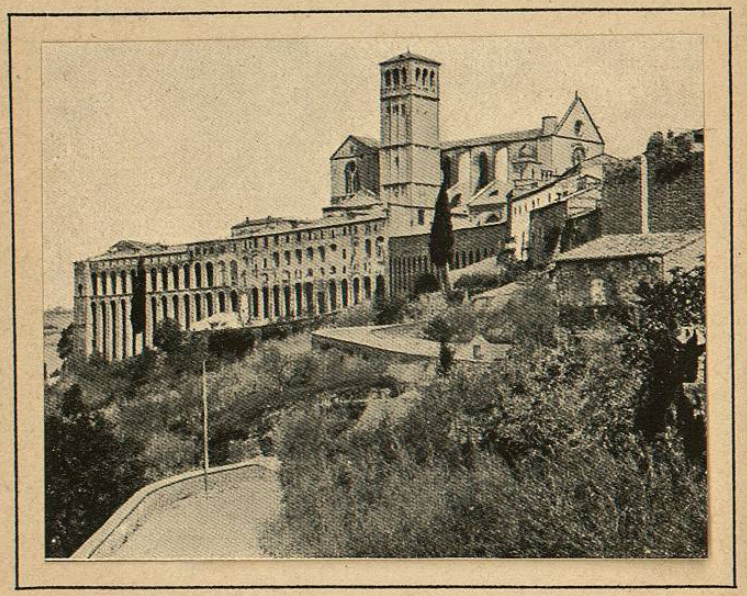
SU OBRA.



Iglesia y convento de San Francisco en Asís.

Nacido del tiempo.

En todo lo que sucede en la tierra se ve la mano directora de Dios. El es quien escribe la historia de los pueblos y quien dirige la marcha natural de los sucesos sin perjuicio de la libertad humana. La conocida ley de la vida ascética, según la cual la gracia divina va unida a la naturaleza humana, predomina también, en general, en la actividad divina.

Por eso no puede dudarse de que las creaciones de San Francisco, y sobre todas ellas la fundación de la Orden franciscana, llamada así debido al nombre de su fundador, tienen sus más profundas raíces en el suelo de la gracia y en los planes eternos de la Providencia. Jamás habría realizado Fran-

cisco semejante obra sin la ayuda extraordinaria de la gracia divina, ni aun en las más favorables condiciones sociales. Es necesario para la veracidad histórica, tener constantemente ante la vista tal aserto, sobre todo porque debido a las condiciones en que estaba el Occidente en tiempos de nuestro Santo, es forzoso admitirlo para la natural obra creadora de la Orden.

Antes de la época de Francisco, el Occidente conocía ya los caminos de la pobreza, pues en ellos basaba sus pensamientos la reforma de aquellos tiempos. Hombres como Arnoldo de Brescia, Bernaldo Primus y Pedro Waldes habían provocado movimientos laicos encaminados a detener la marcha del capitalismo que constantemente avanzaba. No cabe lugar a duda respecto a la justicia que implicaba esta tendencia: la vida cristiana se había desviado mucho del ideal cristiano, y de la sociedad fundada sobre los evangelios, según nos enseña la historia del siglo XIII. La economía administrativa natural y sus

métodos para educar a los hombres en la continencia, había perdido mucho terreno a causa de las cruzadas, favorecedoras del desarrollo comercial y la especulación monetaria. Se aprendió a contar, a calcular, a especular. La visión cristiana había abandonado los valores supraterrenos en beneficio de los bienes materiales pasajeros, dando con ello origen al nacimiento de una clase popular pobre, oprimida, cercada por el hambre. Estas circunstancias provocaban evidentemente las agitaciones de los movimientos populares en elementos donde imperaba la pobreza.

En realidad, las ideas reformadoras se ampliaron. La historia nos habla de los llamados «Humiliate», una asociación de obreros tejedores que se formó en Italia en el siglo XI y que se reunía en el norte italiano para distribuir entre los pobres sus beneficios. También en el mismo norte de Italia se formó otro grupo de «Humiliate», llamado «Los pobres lombardos», alejado de la Iglesia, en un principio, pero que más

tarde, guiados por Bernardo Primus, se aproximaron a ella parcialmente con el designio de encauzar sus miras por vías católicas.

También reunió Arnoldo de Brescia una gran asociación de pobres indigentes que adoptaron el nombre de «Filii Arnoldus». El movimiento de más importancia fué iniciado en el siglo XII por Pedro Waldes a la cabeza de «Los pobres de Lyon», movimiento sobre el cual recayó muy pronto la atención de la Iglesia, a causa de su extraordinario género de vida: caminaban descalzos, cubiertos sus cuerpos por hábitos de mendigos, y dedicados exclusivamente a la predicación. La intervención de los escritos apocalípticos de Joaquín de Floris fué de gran importancia en las evoluciones del tiempo, pues actuaron de una manera activa y rápida, con profundidad, señalando su fin preciso.

Ha sido necesario diseñar el anterior cuadro de los tiempos pasados, para que nuestra actual época comprenda claramente el retrato

moral de Francisco. El Santo, en su fervoroso amor a la pobreza, era el verdadero hijo de su tiempo. Las sensaciones experimentadas por los nobles representantes de las clases ricas; las necesidades que miles de indigentes aspiraban a satisfacer en el movimiento social laico; la nueva orientación impresa a la vida cristiana basada en la tesis de pobreza de los evangelios, todo ello encontró albergue en el pecho de Francisco, cual si de un mensaje divino se hubiese tratado. A pesar de ello, los triunfos obtenidos por el Santo, indiscutiblemente superiores a los de los arnoldistas, humiliatis y waldenses sólo pueden explicarse teniendo en cuenta la intervención divina y la ayuda que ésta prestó al santo varón con una multitud de bienes naturales y sobrenaturales como muy pocos santos la recibieron. Armónicamente penetraban en su interior, con plétora de riqueza, la naturaleza y la divina gracia. Los modales nobles con que, siendo joven se presentaba en los círculos de sus

009142

conocidos; sus aficiones literarias y caballerescas; su valiente franqueza, casi digna de nuestros tiempos, para asomarse a los abismos naturales de la vida, son todas ellas cualidades que obligan con justicia a sus biógrafos, a reconocerle una disposición genial muy superior a la mediocridad de la vida humana.

En esto precisamente radica la disposición divina de su vida; Dios mismo le había impreso su sello al nombrarle guía suyo.

Sin ser, en realidad, un organizador ni tener verdaderamente el propósito de fundar una Orden, se rodeó, en muy pocos años, de una importante compañía. En el Cónclave de Pentecostés, en 1221, la Orden franciscana estaba integrada de tres a cinco mil hermanos, cuando aún no se habían cumplido los veinte años a partir de la fecha en que su fundador recibió la gracia divina en el valle de Spoletto. El ideal del Santo, guiado por la gracia divina y auxiliado por la Iglesia, había triunfado de la opinión de vida formada contra los evangelios; y tanto en el suelo de Italia como fuera de él, las profesiones de fe se hicieron en tan gran número que con justicia produjo asombro. Todos los estados y de ambos sexos, fueron arrastrados en esa evolución. Las vírgenes, presuadidas por Santa Clara y Santa Inés, escribieron en su sublime programa de vida el ideal franciscano y formaron, por deseo del Santo, la segunda Orden que, bajo el nombre de *Orden de Santa Clara* se esparció por toda la tierra y cuenta hoy con cerca de 9.000 adherentes. El influjo del Santo se dejó sentir, también, en la vida de familia: hombres y mujeres, jóvenes de los dos sexos, que no se sentían atraídos por la vida monástica, pero que supieron imprimir a su ser y su vida el sello de la mayor humildad y un colorido más natural, se reunieron en la tercera *Orden de la Penitencia* fundada, como las anteriores, por San Francisco, y que cuenta hoy con 1.617.000 asociados.

Involuntariamente surge la pregunta: ¿De dónde acudieron tan numerosas bandadas? ¿Existen, acaso, en el alma del pueblo, condiciones especiales que presten alas a tan importante vuelo hacia la profesión religiosa? La respuesta afirmativa es innegable. En el pueblo cristiano duerme un gran heroísmo, y no hay que olvidar que en diferentes épocas históricas la abundancia de profesiones de fe ha sido impuesta por la necesidad. En gran parte, los problemas de la profesión monástica son también problemas económicos; el ascenso y descenso de las riquezas en las regulares clases sociales, aisladas las excepciones, es una norma indicadora de las profesiones sacerdotales y monásticas. Allá donde la vista humana se fije en la riqueza terrestre, faltará ocasión de volverla hacia los bienes supraterrenos, porque la juventud adinerada está en menor proporción necesitada de la ayuda divina y carece, de una manera general, de todo sentimiento por la indigencia de sus hermanos, y no presta

atención alguna a los celestiales bienes del alma. Quizás existe la vocación religiosa, pero no se despierta y, por lo tanto, no se desarrolla.

¿Son los actuales tiempos favorables para profesiones monásticas? Múltiples son los detalles que permiten responder afirmativamente a esta pregunta. Sin embargo, más importante es para el hombre saber si su disposición, quizás maravillosa, será suficientemente fuerte para vencer los obstáculos anejos a la profesión.

«Exurge, gloria mea . . . Arriba, alma mía.»

De secular vitalidad.

Todas las instituciones divinas depositadas entre las manos de los hombres, tienen una historia de alternativas, de ascenso y descenso. Y ¿acaso podría ser de otra suerte? ¿No atravesó la propia Iglesia católica su época de esplendor y su tranquila y contemplativa decadencia? ¿No tuvo sus años de lágrimas? Cual mensajero de Dios, camina a través del mundo, desde los días de Cristo, con su noble frente alzada, con ardiente amor en el corazón, con fulgurante anhelo en la mirada, siempre tras la salvación de los hombres. Pero a sus pies se adhire el polvo, la corona de espinas cerca su frente, sus espaldas soportan la cruz y su túnica está maculada por la sangre . A través de la historia del mundo y de la Iglesia, se produce una

trágica sacudida causada por el combate entre el ideal y la debilidad humana.

La historia externa de la Orden franciscana produce el mismo retrato: decenios tranquilos plenos de sol alternan con períodos plagados de combates. La historia de la Orden se produce y se refleja en la propia vida de su fundador. Las elevadas opiniones de Francisco como reemplazante de Cristo en la tierra y especialmente las que a la pobreza se referían, implicaban imposibilidad para algunos hermanos, mientras que un círculo más reducido y de más elevado idealismo, opinaba, en un todo, como el Santo. Durante toda la vida de la Orden permanece activa esa doble interpretación del ideal de Francisco. En los siglos XIII y XIV se producen dos concepciones franciscanas: la representada por el grupo de los llamados «Espiritualistas» partidarios de la más rigurosa norma de vida, y la «Comunidad», más paliada, y a la cual pertenecieron San Antonio de Padua, San Buenaventura, Alejandro de Hales,

Juan Peckham, David de Augsburgo y Bertholdo de Regensburgo.

En el siglo XIV, y especialmente en el XV, después de que el movimiento de los «Espiritualistas» hubo cesado, se reconcentró la vida interna y externa de la Orden en el «Convencionalismo» partido de normas más templadas y en la «Observancia», más riguroso que el anterior. Ambos han trabajado en pro de la bendición de la Iglesia y han producido grandes santos, como también la *Orden de los Capuchinos,* nacida al terminar el siglo XVI, en el propio terreno franciscano.

Entre los «Observantes» que con su unidad integran hoy la Orden franciscana, nacieron a fines del siglo XV, y más tarde, nuevos grupos llamados «Descalzos», «Reformadores» y «Recoletos», asociaciones todas éstas, que León XIII unió, en 1897, en una sola Orden llamada *Ordo frati minori.*

Estudiada desde su interior la Orden franciscana, acusa una sorprendente unidad.